

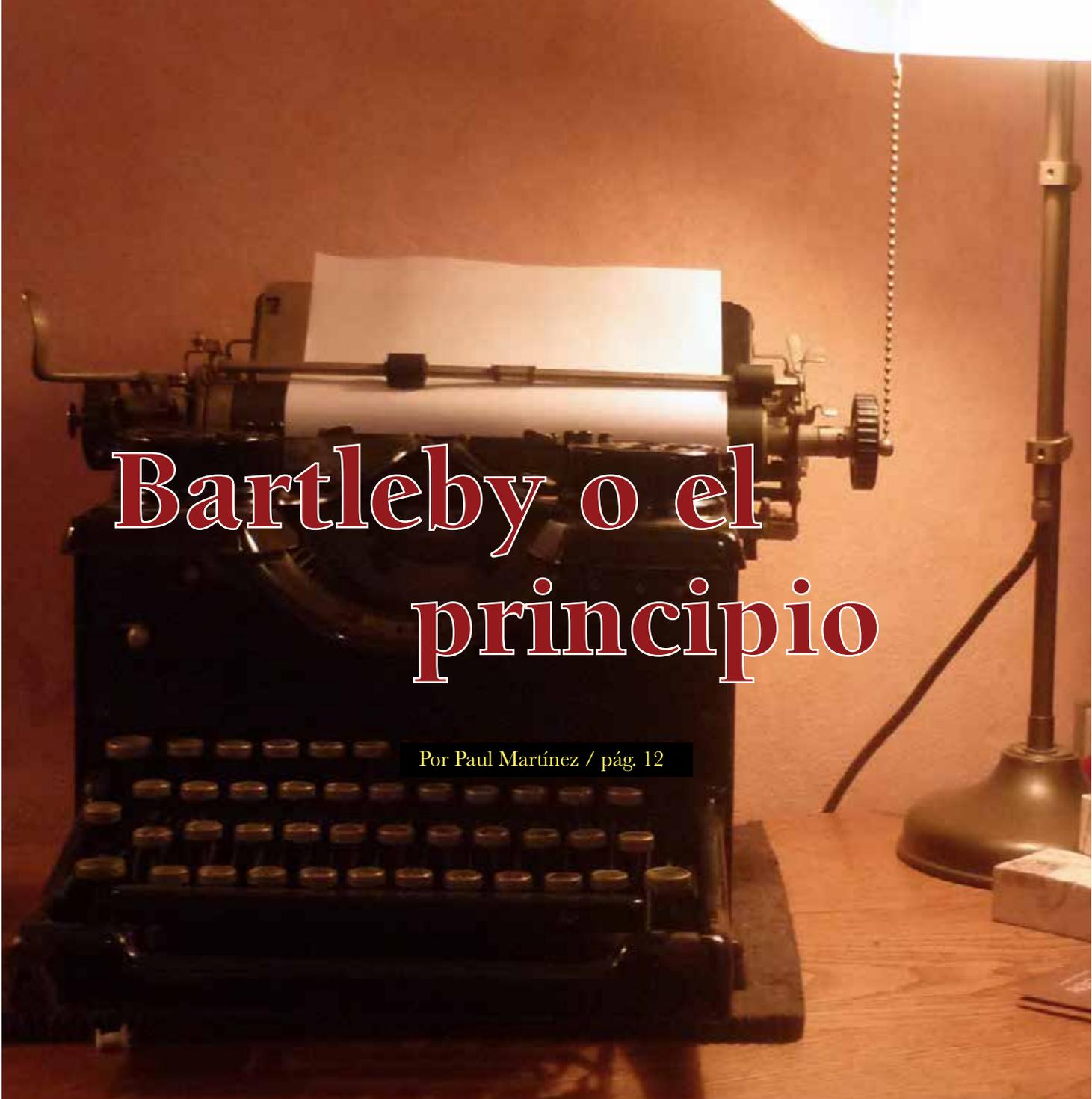
El Mollete Literario

indicadorpolitico.mx

molleteliterario@gmail.com

Director: Carlos Ramírez

Febrero 15, 2017, Número 42, Tercera Época

A vintage typewriter is the central focus, positioned on a wooden desk. A sheet of paper is fed into the carriage. To the right, a classic desk lamp with a brass base and a white shade is lit, casting a warm glow. The background is a plain, light-colored wall.

Bartleby o el principio

Por Paul Martínez / pág. 12

“Escribir no es normal. Lo normal es leer y lo placentero es leer; incluso lo elegante es leer. Escribir es un ejercicio de masoquismo; leer a veces puede ser un ejercicio de sadismo, pero generalmente es una ocupación interesantísima.”

Roberto Bolaño

EDITORIAL

Las letras y la música lloran a Eusebio Ruvalcaba

Una de las mayores injusticias que se dan en las letras es rendir tributo a un escritor cuando se muere. Muchos son redescubiertos o valorados después de partir para siempre y sus creaciones cobran nueva fuerza.

Tal es el caso del escritor, ensayista, periodista y poeta Eusebio Ruvalcaba, quien falleció el 7 de este mes a la edad de 66 años.

Ruvalcaba fue autor de textos emblemáticos como “Una cerveza de nombre derrota”, “Pocos son los elegidos perros del mal”, “El frágil latido del corazón de un hombre”, así como de “Un hilito de sangre”, con el que conquistó el premio de literatura “Agustín Yáñez”, y que fue llevado al cine con buen éxito.

El escritor jalisciense supo mezclar con mucho éxito su amor por las letras y la música. Incluso muchas de sus creaciones llevan el nombre de los grandes maestros de la música culta, como Beethoven, Mozart, Brahms, Schubert, Schumann, Tchaikovski, Dvorak y Stravinsky, entre muchos más.

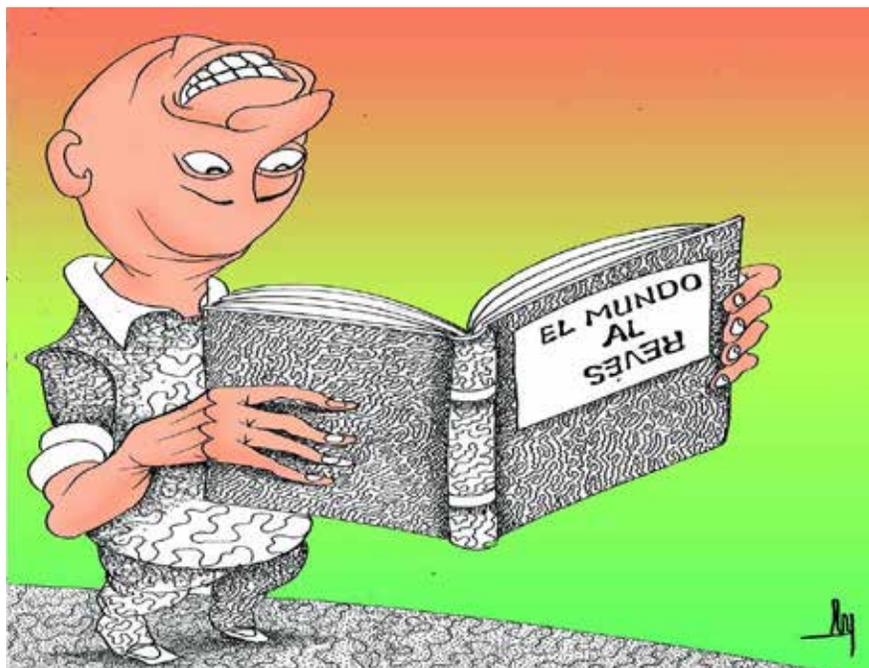
Esa creatividad se debió a la gran influencia que tuvo sobre él su padre, el renombrado violinista Higinio Ruvalcaba. Otras piezas dentro de la dramaturgia nacional que se deben al escritor son “Las dulces compañías”, “México, panfleto y pantomima” (1984) y “La visita” (1986).

Sirvan estas líneas como un homenaje a tan ilustre escritor y una invitación a descubrir o redescubrir su rica obra, quien con sensibilidad creativa y procaz atrevimiento, trata todos los temas que afronta la sociedad mexicana, en especial su juventud briosa.

ÍNDICE

- 3 **Letras Torcidas**
Por César Cañedo
- 5 **El justiciero**
Por PIG
- 8 **El arte de ser escritor**
Por Manu de Ordoñana, Ana Merino y Ane Mayoz
- 12 **Bartleby o el principio**
Por Paul Marínez
- 16 **Liturgia Horarum**
Por Canuto Roldán
- 18 **Examen**
Por Luis Villalón
- 20 **Errante**
- 21 **Lunes de libros con *El Imparcial***

Como sea... leer, no “ler” Por Luy



El Mollete Literario

Mtro. Carlos Ramírez
Presidente y Director General
carlosramirezzh@hotmail.com

Lic. José Luis Rojas
Coordinador General Editorial
josehrojasr@hotmail.com

Montserrat Méndez Pérez
Jefa de Edición y Diseño

Consejo Editorial
+
René Avilés Fabila

Wendy Coss y León
Coordinadora de Relaciones Públicas

Raúl Urbina
Asistente de la Dirección General

El Mollete Literario es una publicación mensual editada por el Grupo de Editores del Estado de México, S. A. y el Centro de Estudios Políticos y de Seguridad Nacional, S. C. Editor responsable: Carlos Javier Ramírez Hernández. Todos los artículos son de responsabilidad de sus autores. Oficinas: Durango 223, Col. Roma, Delegación Cuauhtémoc, C. P. 06700, México D.F. Reserva 15670. Certificación en trámite por la Asociación Interactiva para el Desarrollo Productivo, A. C.

Estas Torcidas

Salutación completa

Por César Cañedo
@chocorrols
chocorrol_x@hotmail.com

Ganado tengo el pan
hágase el verso
y retiemble de amor en cada esquina
José Martí feat César Cañedo

Para Olaf, ante el miedo del para siempre

Abre mi verso esquila,
cofremístico,
pandórico descubre
que el dolor que me guardas
reconstruye.

Traza de arado siembra que congrega
a todos los que siegan de esta fuente,
piscadores remachos y reféminas
orbitando del fruto del encuentro
que ese fue en un principio tuyo y mío.
Recuerda la amalgama que caliente
de tres de dos de cuatro amiamorados
hacemos anarquística relación
forjamos otro amor que es de otro modo,
bisexualico abierto engrandecido.

Cuiróspitos libérrimos y unidos,
llegar para quedarse y ser posible
fundir esa imparable
emanación
que eres
máquina luz del viento
que raspando los sauces se hace fuego,
azul caribe que tu paz transpira,

resabio dulce del amor que dura,
 gladiador portentoso de entregas memorables,
 pirata de un torcido islote bravo,
 telón y duende de la magia espécula,
 ímpetu astuto de la encrucijada,
 manos de laberinto tambaleando
 mis certezas,
 desmán antirrutinas rebeleónico,
 niño Jesús barbado y muy erecto,
 expansión choque cósmico maestrino
 saludo así la dicha de seguir hoy contigo.

Salmo y se entrega del trigal la espiga.
 Gloria y derramas de la vid olivo.
 Santo y enmascarado te revelas.

Prodigar, amantísimo, es tu sino
 y me colmas poetal enamorado.

De tu diestra recojo la simiente,
 en tu espada me blando añamamiento,
 sin rigor que romántica exiclame,
 nada pide te quedas y te quedas,
 viento importa correr y lo levitas,
 fluyes río y expandes la creciente.

Cuando el tiempo reclame
 que no es justo
 tanto juntos yacer machos cabríos,
 no será la memoria quien te explique
 la tarde del abdomen y el deseo,
 el llanto pista y ruta del camino,
 la abuela que feliz adopta afecto
 de nietos en amor que ya no entiende.

El fuego hogar que viste
 la promesa de los desprometidos
 ha sellado comuna de unos cuantos
 y por eso tal vez se ha mantenido.
 Tanta injusta ola en contra se hace espuma
 al besarse en tus párpados los míos.
 Y si rozo la lira cursiflora
 ya no hay miedo a la pérdida idealoza
 de un amar que perdure pontificio
 por el alto vitral del sacrificio.
 Tengo en cambio otro pacto
 que nos sabe de barro y muy fallidos
 y al abrazar en contra incertidumbre
 la sorpresa se impone a la costumbre. 



El justiciero

Nos llenaron la cabeza con la idea de que en la ciudad contábamos con un nuevo héroe, uno sin capa, sin antifaz, sin superpoderes ni armas de destrucción masiva, pero igual de letal, igual de despiadado, igual de hijo de puta.

Por Uriel Arteaga Apolinar “Pig”

Harto de los asaltos al transporte público, este héroe se ofreció con dedicación casi espiritual a desfundar y descargar su pistola en el o los ladrones que con exceso de violencia despojaban a los usuarios de carteras, celulares, relojes, anillos, camisas y zapatos. Sí, el nivel de mezquindad es tal que escucece los huevos.

Hábil no era; preparación profesional para usar un arma no tenía, amigos de juerga menos, pero tenía bolas y fue justo ello lo que lo convirtió en leyenda. Las madres de familia, asustadas, pero con el bolso y el cuerpo íntegro, llegaban a casa a contar la sorprendente hazaña: “justo cuando los rateros se iban a

bajar del camión, se paró un tipo y sin más les roció de balas hasta que cayeron muertos; se cubrió la cara con la playera y les dijo a todos: ‘órale, ahí están sus cosas, sólo no digan nada’ y salió corriendo como alma que lleva el diablo”.

Él era el proveedor de justicia, pues el pueblo ama con fidelidad lujuriosa la justicia por propia mano. Él adoptó con ahínco este oficio, al grado de viajar en el transporte público sólo con el objetivo de encontrar ratas a quienes llenar de plomo.

Quienes atestiguaron sus faenas, aseguran que era tan torpe como los policías al momento de usar una pistola. No hablamos de un forajido del viejo

oeste ni de un Mario Almada capaz de incrustar a quinientos metros una bala en el orificio más pequeño del cuerpo de un hombre. Nuestro héroe, como los más grandes, era un ser humano.

Una ocasión, empotrado en el penúltimo asiento de un autobús que viajaba por la autopista México-Pachuca, al percatarse de que se produciría un asalto, sacó su pistola y apuntó contra uno de los malhechores que estaban a punto de cometer el crimen, mas la pistola se encasquilló. Presa del pánico, se lanzó contra el que se encontraba más cerca y le deshizo la sien con la cache del arma. Logró deshacerse de uno, pero restaban dos asaltantes, quienes de inmediato detonaron sus armas para liquidar al héroe. Una bala impactó en la pierna derecha, la otra no sé supo dónde (los asaltantes eran igual o más estúpidos que él para disparar). En ese instante, cuentan quienes ahí estuvieron (los únicos que poseen el privilegio de contar “la verdad”), dos hombres y una señora se abalanzaron contra los ladrones; los desarmaron, desnudaron, lincharon y posteriormente asesinaron con piedras y palos.

La escena, desgarradora, se anunció con bombo y platillo en los medios locales: el linchamiento se convertía en una práctica cada vez más cotidiana. Para nuestro héroe, el acontecimiento significaba una cosa aún más importante: ya no estaba solo en esta tarea, ya no era el único cansado de los abusos de aquellos hijos de puta amparados por la impunidad y la ineficacia de las autoridades.

Los casos se duplicaron en diferentes zonas del Estado de México. Los medios locales hicieron eco a la noticia y los medios nacionales por primera vez brindaron un breve espacio para hablar de “El Justiciero”. Las autoridades de la zona recibieron la noticia con la alegría de un narco desollado por miembros de un cártel contrario. Había que detener y hacer justicia al justiciero, pues nadie más que la propia autoridad puede ejercerla.

Por fortuna, la herida que nuestro héroe recibió en la pierna no fue tan aparatosa. Les digo que la puntería de los asaltantes era mala, prueba de ello es que su falta de talento les costó la vida. Como en las historietas, aunque herido, el justiciero decidió salir a las calles a combatir el crimen. El mismo modus operandi: aguardar (a veces en vano) en el transporte a la espera de un asalto y cuando el delito estuviera a punto de concretarse, disparaba todo lo que su pistola pudiera disparar, al torso y a la cabeza; se cubría el rostro, descendía y emprendía la huida.

Una ocasión, luego de una jornada relativamente tranquila de trabajo (el que sí le remuneraba un poco de dinero

para sobrevivir y comprar balas), se echó a dormir en el microbús que le llevaría hasta donde su casa. Aunque armado, no tenía intenciones de disparar; tenía el estómago desecho por la adrenalina, el estrés y la violencia cotidiana que se genera en una ciudad como ésta, en la que cualquier hombre puede liarse a golpes, tiros o machetazos por un poco de espacio privado en el Metro, en la calle, en el supermercado. Descansó los ojos y transcurridos cinco minutos de viaje, dos individuos, un hombre y una mujer, se levantaron de sus asientos y empuñaron sus pistolas, una contra el chofer y otra aleatoriamente hacia los usuarios que ni tardos ni perezosos escondieron, primero, carteras y celulares bajo el asiento o en la ropa interior y, después, las cabezas entre las rodillas.

El asalto se consumó al cruzar una calle despoblada y oscura de una colonia popular del centro de la ciudad. El contexto sirvió para infundir miedo a los pasajeros, a quienes, aunque sin uso de violencia ni malas palabras, se les despojó de todo cuanto llevaban consigo. El justiciero abrió los ojos. Mierda, esta noche no era para balas. Esta noche quería descansar, respirar, creerse un ciudadano sin obligaciones de justicia para con los demás, un ser común. Pero los héroes no son comunes, ni son gente, ni tienen permitido descansar y respirar. Tomó su arma, quitó el seguro, cortó cartucho; aunque agachado pudo enfocar de reojo: dos sujetos. Mierda otra vez: una mujer. Tenía principios, no dispararía a una mujer a menos que no tuviera otra alternativa. Y en ese momento no la tuvo, él era el justiciero y



Ilustración:
Brenda Olvera
Técnica: Mixta



tenía que hacer justicia. ¿A qué otra cosa podía dedicarse?, ¿a conducir autobuses?

Al enterarse de que la mujer estaba embarazada y de que el hombre era el padre de la criatura que nunca nacería sintió náuseas. Reprimía los crímenes a base de más crímenes. Imposible escapar de ese laberinto moral que le atormentaba rodeado de frases aprendidas en el catecismo, la escuela y en la mesa de sus padres. ¡Putá vida!

Según las autoridades, la novedad no fue sólo el asesinato de una pareja de asaltantes, sino la gravedad de los hechos: habían asesinado a balazos a dos seres humanos y aun después de muertos habían sido desfigurados con saña con la cacha del arma asesina. La situación se salía de control y había que acabar con la peste antes de que infectara a toda la ciudad.

La mejor idea que se le ocurrió a las autoridades de la ciudad fue ponerle precio a la cabeza del justiciero. Lo de “precio a su cabeza” es un decir, realmente ofrecieron una considerable recompensa por su captura, pero lo querían vivo. Lo de “la mejor idea que se les ocurrió” era cierto, muy cierto.

Nuestro héroe abandonó los escenarios por unos días, pero reapareció con la determinación de quien justifica los medios para obtener los fines. Sabía de la recompensa, pero también confiaba en la gente a quien defendía, porque eso es lo que hacía: defenderla, de la mierda, de la escoria, de la podredumbre, de ellos mismos.

Una mañana común y corriente, como aquellas en las

que se desencadenan los peores episodios de la historia, el justiciero abordó el autobús. Guardó con cautela su pistola entre la chamarra. Al subir la gente lo miró con desconfianza, pero quién que haya sido asaltado en numerosas ocasiones no ve con desconfianza a quien se sube al transporte público.

Una escena semejante a las anteriores: el autobús zarpó, los pasajeros se encomendaron a sus ídolos para recibir a cambio protección; diez minutos de viaje tranquilo y acogedor (si lo hay), y de repente tres hombres, dos pistolas, una navaja y una maldita determinación endemoniada efectuaron el asalto. “Hijos de su pinche madre, a quien se mueva le clavo la puta navaja en el cuello, cabrones. Y no le quieran jugar al vivo con que no traen nada, porque se los carga la verga. Celulares y carteras, celulares y carteras o van a valer verga”.

El justiciero esperó paciente a que se acercaran. Respiró profundo, intentó grabarse la mirada de los asaltantes. “¿Tú qué estás viendo, hijo de tu puta madre? ¡Agacha la cabeza, perro, agacha la cabeza! Quieres que te chingue, ¿verdad, cabrón?”. Agachó la cabeza con desinterés, respiró de nuevo, colocó su mano en posición, levantó el brazo, apretó el gatillo. Uno, dos, tres, cinco, ocho, diez disparos. Tres cuerpos cayeron fulminados. Cubrió su rostro con el cuello de la chamarra y atravesó el pasillo de aquel autobús que olía a pólvora y miedo. Volteó hacia los pasajeros y gritó con la garganta seca: “órale, ahí están sus cosas, sólo no digan nada”.

Alguien le tomó con brusquedad del brazo, era el chofer, quien se aferró a él como quien no quiere dejar escapar un maletín lleno de dinero. Una señora se abalanzó sobre ellos e intentó separarlos; ella quería la recompensa. “Déjenlo ir, no mamen, nos acaba de salvar”, vociferó un anciano, pero otro joven lo acalló con un gruñido: “es el puto justiciero, agárrenlo y denle en la madre”. El héroe fue despojado de su arma, tampoco es que haya opuesto demasiada resistencia. El resto de los usuarios descendió de la unidad. Fue amordazado y sometido con cinturones. Fue golpeado, escupido y humillado. Alguien tomó una enorme piedra y la azotó contra el rostro de nuestro héroe. Falleció al instante.

La noticia corrió tan deprisa como la sangre en la banqueta aquella mañana común y corriente. La turba exigió la recompensa, no la hubo, tampoco paz, tampoco justicia, sólo un sentimiento de asco que continúa permeando la ciudad.

Al final así ha sido siempre: los héroes, los verdaderos, nunca mueren en manos de sus enemigos. ❁



Por Manu de Ordoñana, Ana Merino y Ane Mayoz

8

El Mollete Literario

Este título tan rimbombante corresponde al libro escrito por Ramón Sanchís Ferrándiz, que pretende ser algo más que un manual de escritura creativa. Su autor es ingeniero de profesión y miembro del Instituto Internacional Hermés para el estudio e investigación de las ciencias humanas. Se declara amante de las humanidades y también apasionado de la escritura desde que era adolescente. “Escribo por una necesidad interior, vocacional, y atávica que no puedo evitar”. Su unión con la escritura y la lectura lo refleja en los talleres que ha impartido. Es profesor titular del taller “El libro Durmiente” que comparte título con el Club de Lectura fundado por Marcos Rodes.

El arte de ser escritor (Brainbooks, 2015), en su segunda edición, está compuesto por dos volúmenes: el primero analiza las técnicas propias de la narrativa (descripciones, construcción de personajes, del argumento y la trama, de las escenas, el ritmo y el tono, la intriga y el suspense, la estructura de los cuentos y las novelas, etcétera); el segundo versa sobre las técnicas básicas de la escritura (composición de un texto, de las frases y los párrafos, uso de los verbos y los signos de puntuación, errores frecuentes al escribir, etcétera) con una serie de ejemplos sobre cómo ha de redactarse un artículo, una nota de prensa, una columna periodística, una reseña crítica, un informe, una crónica, etcétera”.

Efectivamente, el libro está repleto de ejemplos tanto de escritores conocidos, como de participantes de las

ren-
tes
e di-
ciones
de sus
Talleres
de Escri-
tura Crea-
tiva. Pero
sus técnicas
de escri-
tu-

sirven para escribir textos literarios, así como textos periodísticos, informes, actas, cartas, el correo electrónico, currículum vitae, reseñas biográficas, reseñas literarias... Los últimos apartados del libro llaman la atención, por no ser habituales: el que aborda el tema de la editorial y el de las prácticas con las soluciones; son ejercicios de vocabulario, de transformación de textos...

Además de lo ya mencionado, hay muchos temas relacionados con la gramática propiamente dicha, la que se estudia en los colegios: los tiempos verbales, los tipos de oraciones, las reglas ortográficas... También se analiza la puntuación, las modalidades de textos, las cualidades de un texto..., es decir, muchos aspectos interesantes para el escritor que quiera mejorar su escritura con el fin de llegar al lector.

A continuación, presentamos un resumen con los aspectos del libro que nos han parecido más útiles para todo aquel que pretenda perfeccionar su escritura de textos literarios, para lo cual hemos clasificado el material en cinco apartados diferentes:

1.- Los primeros pasos a seguir a la hora de enfrentarse a un escrito.

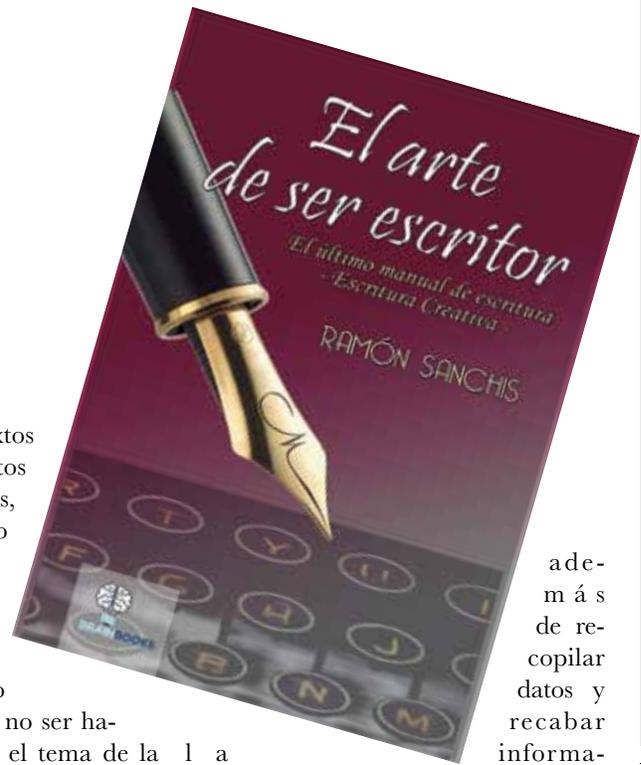
En el momento en que uno se pone a escribir, es conveniente acotar el tema, a abordando un aspecto determinado,

además de recopilar datos y recabar información. Una vez hecho esto, habría que dejarlo en reposo, en un proceso de maceración. No hay que olvidar definir la finalidad del texto, tener en cuenta a quién va dirigido para escoger el lenguaje, el registro y el tono, puesto que en función de la objetividad o subjetividad del texto el tono variará.

2.- Lo que habría que evitar.

Para no caer en un uso inapropiado del lenguaje, el escritor deberá luchar contra las redundancias (repeticiones inútiles) y los circunloquios (utilizar más palabras de las necesarias para expresar una idea). Sobre estos últimos, muchos piensan que cuanto más se extiendan en decir algo más literarios son. También conviene que rechace los extranjerismos, si tienen su equivalente en español, al igual que los neologismos; muchas veces se adoptan por esnobismo, por estar de moda. Tampoco es bueno que abuse de los latinismos y, cuando se sirva de ellos, deberá saber que algunas expresiones se escriben según las reglas de ortografía de nuestro idioma (currículum, dúplex, réquiem...), pero otras mantienen su forma original por lo que irán en cursiva: *alter ego, ab initio, grosso modo, mea culpa...*

Hay escritores que tienden a escribir con frases cortas separadas por punto y seguido, es el denominado estilo an-



glosajón. Esta estructura sencilla ayuda a asimilar mejor las ideas por parte del lector, pero a su vez coarta el vuelo poético. De los anglosajones, además, hemos adquirido la mala costumbre de usar la doble negación. Negar dos veces algo equivale a una afirmación, que es lo que se debería usar por ser más sencillo de expresar y de entender por parte del lector. Y también de ellos nos viene el abuso de la voz pasiva. Para simplificar la oración basta con emplear la frase activa, propia de nuestro idioma, donde el sujeto realiza la acción.

Otro error en el lenguaje común, y demasiado frecuente por desgracia, de ahí que también lo cometan los escritores, es el de la concordancia entre sujeto y verbo.

3.- Las herramientas útiles.

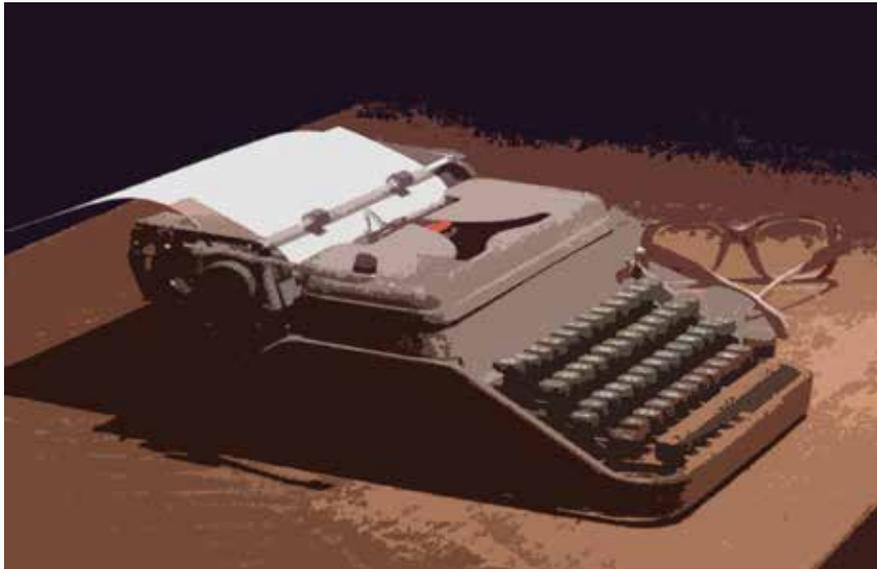
El escritor usará el lenguaje específico de una determinada profesión (jerga) únicamente en boca de sus personajes, así como los tópicos, las frases hechas y los coloquialismos.

Tiene la opción de alterar el orden de los elementos que componen la frase para conseguir una estructura atípica, original y así conferirle al texto un sentido estético distinto; además mejorará el ritmo, la sonoridad...

En cuanto a los adverbios terminados en —mente, en muchas ocasiones

se abusa de su utilización; no es que sea incorrecto, pero sí conviene no recargar el texto.

El buen escritor pretende crear un lenguaje propio y un texto cohesionado, por eso buscará la palabra adecuada para denominar las cosas y se servirá de los conectores, las repeticiones de ideas... En cambio, prescindirá de las frases aisladas que llevan a un texto entrecortado donde el lector fácilmente pierde la continuidad. En el libro aparecen analizados los distintos tipos de conectores, tanto de frases como de



párrafos.

Se servirá de la hipérbole o exageración, mediante la cual (la misma) puede agrandar intencionadamente lo que otros no alcanzan a ver, incrementando la belleza o el realismo en sus relatos.

Cuando se escribe un texto conviene leerlo en voz alta, sólo así se puede resolver el tema de la repetición de sonidos que resulta malsonante, la llamada cacofonía.

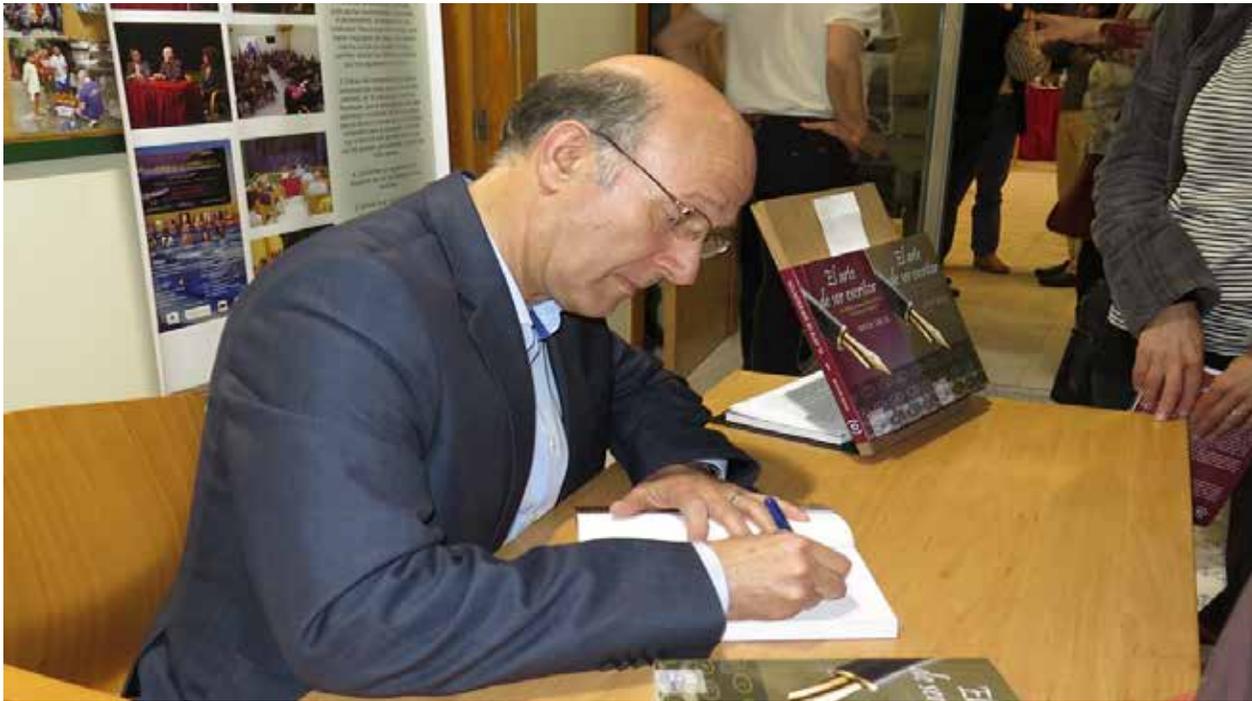
El escritor se convertirá en un bus-

cadador de la palabra precisa, jugará con sus significados ocultos, intercambiará sinónimos... Elegirá el adjetivo que mejor indique esa cualidad que busca en el sustantivo, para matizar las diversas sensaciones. ¿Por qué no inventar el vocablo o la expresión si no tiene la palabra exacta? Tendrá en cuenta la musicalidad de las palabras. Cualquier texto gana cuando se crea esa musicalidad, ese ritmo narrativo en la estructura y la composición. Se servirá del lenguaje figurado. Gracias a él, el autor cargará de expresividad y belleza las palabras habituales.

Tendrá que diseñar personajes auténticos, convincentes. Como afirma el escritor estadounidense Kurt Vonnegut: “Dale al lector al menos un personaje con el que él o ella se pueda identificar”. Los personajes, al ser piezas fundamentales de la trama, deben tener vida propia, tienen que mostrar los

sentimientos, con la mayor intensidad posible. Creará los ambientes, construirá atmósferas psicológicas que le serán de gran utilidad; el lector viajará en el tiempo y en el espacio cuando se le muestren los ambientes con todo detalle de aromas, de voces...

Coordinará la polifonía literaria. Si la misma historia es contada por voces diferentes que aportan su interpretación personal, el lector tendrá una visión múltiple, mucho más rica.



Deberá mostrar, no decir. El verdadero escritor recreará las escenas, las hará visibles. Introducirá reflexiones. Esas introspecciones, esas preocupaciones personales ayudarán al lector a plantearse cuestiones profundas. Mantendrá el equilibrio entre las acciones, los diálogos y las reflexiones. Según el escritor peruano Jorge Eduardo Benavides estos tres componentes fundamentales deben equilibrarse en toda novela para que el texto adquiera la tensión y el ritmo adecuados.

Conocerá el trasfondo del ser humano. El escritor necesitará indagar en el alma humana para no ser un mero compilador de datos. Desarrollará la imaginación. El buen escritor observará la realidad que le rodea para luego transformarla con su imaginación. Necesitará de la verosimilitud para dotar a los personajes y al argumento de apariencia de realidad y para que el lector se adentre en la historia.

Resaltará su estilo; con todas las herramientas mencionadas, el escritor creará su manera de escribir propia.

4.- Las cualidades que deben ser destacadas en un texto.

Entre ellas está la naturalidad, que se dará cuando el autor se exprese según su propia personalidad, cuando halle su propia voz y esté en relación con lo no artificioso. La claridad también es nece-

saria en un texto; la sencillez en las expresiones y en la exposición de las ideas ayuda a que resulte fácil la lectura y su comprensión.

La brevedad es otra cualidad que, unida a la capacidad de sintetizar, de decir mucho en pocas palabras, es fundamental. Para ello habrá que adecuar el texto a su medida idónea, donde no falte nada ni sobre nada, pero la brevedad exige sacrificios y no todo escritor está dispuesto a renunciar a lo escrito. Punto y aparte

Tendrá que estar presente también la coherencia, para que dé unidad al texto, y asimismo la expresividad, para despertar un vínculo afectivo con el lector, que le llegue lo que lee hasta emocionarlo. Punto y aparte

Otra cualidad es la intensidad, ser equilibrado, armonioso a lo largo del texto, con el fin de que el ritmo sea constante.

Son de vital importancia el inicio y el cierre de un escrito. El inicio es la pieza primordial para que el lector se adentre en el texto, y lo mismo que hay que saber empezar, hay que saber también finalizar, que no resulte abrupto e inesperado el final, por eso habrá que adecuarlo al contenido y añadirle el sello personal.

5.- La corrección.

Todo buen escritor sabe de la necesidad imperiosa de corregir el texto.

Qué mejor que tener una guía para ello. Habrá que ir viendo la puntuación, la cohesión, si el escrito es comprensible y se lee con fluidez, si el estilo es el apropiado, si el tono y el ritmo están acordes al contenido, si el uso del lenguaje figurado para que haga más visual y profundo lo que se transmite no resulta excesivo, si se mantiene la intriga y la tensión durante todo el texto, si los personajes están bien caracterizados...

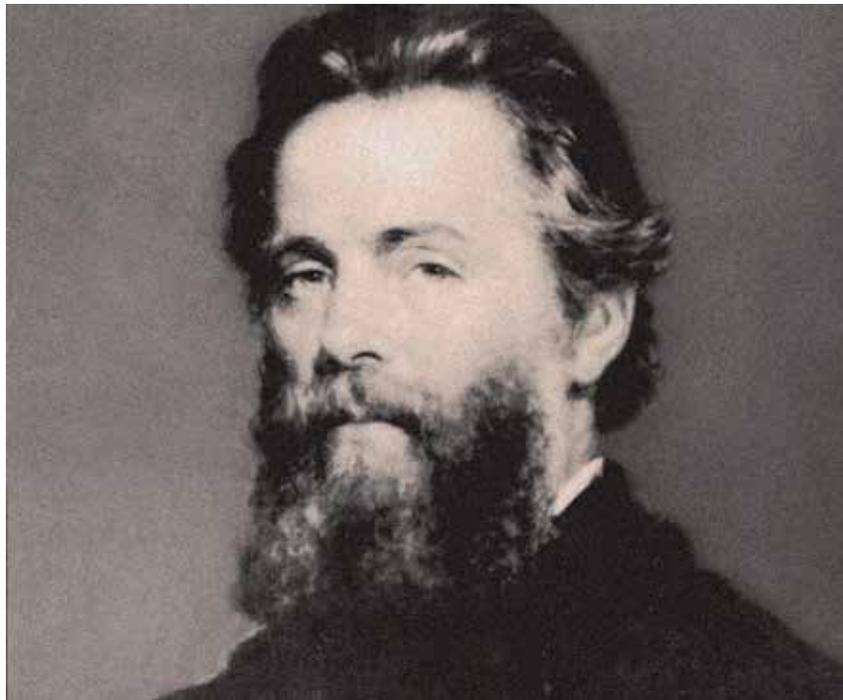
Sin embargo, nuestro autor ha olvidado la aplicación de esta norma. Menciona lo que debe hacerse (por ejemplo, no poner coma entre sujeto y verbo, en la página 44), pero luego encontramos ese error en varias páginas del libro. Ya sabemos que la figura del corrector está en declive en las redacciones de los periódicos y en muchas editoriales, pero eso no justifica que un manual de escritura contenga tal número de erratas, como las que hemos encontrado en *El arte de ser escritor*.

Aun así, la lectura de este libro es útil tanto para los escritores principiantes como para los más avezados: conocer todo lo que el lenguaje ofrece, sin duda, sirve a la hora de escribir y tengamos en cuenta que, si el escritor recurriera a todas las herramientas que tiene, dejaría de ser un mero operario de la escritura para convertirse en un artista. ❶

Bartleby o el principio

Por Paul Martínez

sparring_loto@hotmail.com
@sparringloto



12

El Mollete Literario

En *Bartleby el escribiente*, Herman Melville nos cuenta la historia de cómo un hombre de mediana edad comienza a preferir no hacer lo que le solicitan, enfrentando de esta manera a todo un sistema de pensamiento. La historia contiene un final que podríamos considerar trágico, si el personaje mismo no nos diera otra sensación.

“Lo que Bartleby, con su singular actitud, pretende decirnos, no es en realidad ningún secreto, sino únicamente recordarnos que el acto de preferir debiera ser siempre una acción de vanguardia, una vocación positiva, aunque se prefiera la aparente nada”.

Si bien la idea del hombre que se resiste a hacer lo que le ordenan no es del todo novedosa, la resistencia del héroe es una veta explotada desde los griegos y todavía hasta nuestros días, lo que llama la atención en el relato de Melville es la forma en que la resistencia se realiza. Contrario a la idea clásica de la oposición directa, es decir al enfrentamiento entre el héroe y aquello que pretende subyugarlo, Melville introduce un ligero desliz ofreciendo una acción alternativa, la preferencia.

La otra variante que introduce Melville en su protagonista es el hecho de que contrario al héroe tradicional, quien usualmente va guiando sus acciones con una finalidad más o menos clara, Bartleby no pretende, al menos de manera explícita, conseguir nada en específico, acaso simplemente un poco de libertad.

Estas dos variantes, ligeras en el sentido lexical pero de profundo sentido semántico, hacen de Bartleby un protagonista intrigante. Provocan de alguna manera la búsqueda de un diálogo.

Si la lectura corresponde, como a

menudo se afirma, con el diálogo, podríamos entonces intentar hablar con Melville, o mejor aún con Bartleby, para tratar de develar lo que se encierra tras estas dos ligeras variantes. Podríamos preguntar de manera directa ¿qué es lo que pretende comunicarnos Bartleby con tan singular comportamiento?

¿Qué tanto sacaríamos en claro? Seguramente no mucho, acaso no lograríamos mucho más que el propio narrador de la historia, de tal manera que lo único que conseguiríamos de Bartleby sería su consabido, *preferiría* no responder a esa pregunta por ahora, y no tendríamos más remedio que emular al abogado, jefe de Bartleby, y preguntarnos a nosotros mismos, ¿qué es lo que encierra la preferencia de Bartleby?

Bartleby lleva sus preferencias hasta el extremo, comienza por preferir no hacer aquello que no está estrictamente dentro de sus actividades de antemano determinadas, prefiere no hacer más que copiar, pues él es un copista. Su singular comportamiento continua en escalada a lo largo del relato hasta llegar

a preferir no alimentarse siquiera, a no ofrecer una mayor resistencia al mundo, que la de ser.

El personaje de Melville prefiere no hacer, ejerce una acción de apariencia negativa. Y es que sólo parece negativa en cuanto la juzgamos de la perspectiva lógica del pensamiento capitalista, la no producción o no consumo de bienes, es efectivamente una acción completamente anticapitalista. Acaso Melville entendió mucho antes que nosotros la inacción como una defensa del ser. La preferencia de Bartleby es una actividad positiva y a contracorriente.

Preferir es un verbo transitivo, transfiere su sentido a aquello que le sucede, que acarrea el sentido de aventajar, llevar algo por delante de otra cosa. Preferir contiene entonces un germen de creación. Preferir algo en lugar de otra cosa supone un necesario esfuerzo de avanzada. Bartleby, el amanuense, prefiere dejar de ser amanuense para ser otra cosa, una pura resistencia, pasiva además, al orden que le supone la normalidad.



Resulta cuando menos llamativo que actualmente cuando pensamos en nuestras preferencias las colocamos en esos espacios donde no hay otra cosa que poner, uno hace lo que prefiere sólo en sus espacios ociosos, aunque en estricto sentido, eso ni siquiera es preferir pues no aventajamos nada delante de nada.

Lo que Bartleby, con su singular actitud, pretende decirnos, no es en realidad ningún secreto, sino únicamente recordarnos que el acto de preferir debiera ser siempre una acción de vanguardia, una vocación positiva, aunque se prefiera la aparente nada.

Como ya mencioné arriba, la segunda variante que Melville introduce en su relato, es la nula persecución de objetivos por parte de Bartleby. El amanuense no pretende conseguir algo, no quiere volver a ningún lugar, no muestra apegos hacia casi nada. Más allá de mantener con una firmeza excepcional su postura de no hacer más que aquello que prefiere, a Bartleby parece no importarle nada más.

Nuevamente la vacuidad es sólo de apariencia, al mismo modo en que

Melville oculta el sentido positivo del no actuar, la no presencia de un objetivo explícito se muestra como un espacio donde todo cabría.

Cuando Bartleby se presenta como un personaje sin objetivos, lo hace para confrontar a todo un sistema, nada de lo que existe puede cumplir con sus preferencias. Precisa pues de un efectivo acto creador que redefina el universo en el que ha de ser, de otra manera, siempre preferirá no ser.

El amanuense flaco y pálido es también el único que ofrece tantas posibilidades encerradas en sí. Su fantasmal aspecto, su presencia casi imperceptible, su absoluta determinación de ser misterio, hacen de Bartleby el modelo exacto de ser potencial.

Si podemos asumir que la literatura es en esencia una posibilidad de la realidad, los personajes literarios serán por consecuencia un posible modelo de ser. Marlow, K., el joven Raskolnikov aparecen como modelos más o menos definidos, el uno aventurero, el otro confundido burócrata, el último asesino confeso y arrepentido, todos ellos modos de ser

que tenemos a ejemplo, sin embargo, aquí en este espacio, Bartleby acontece como pura posibilidad, Bartleby va lentamente dejando de ser, prefiriendo el vacío. La historia de Bartleby es la historia de cómo se crea una posibilidad.

Bartleby es un personaje que de a poco se va quedando en blanco, podríamos decir que más que ir apareciendo a lo largo del relato, lo que Melville hace con él es irlo desapareciendo, borrando. En un sentido profundo, Melville hace con su personaje un sitio donde se dé cabida al ser, nos propone a Bartleby como un prototipo vacío. Un ser verdaderamente nuevo, limpio por extensión y dispuesto para que el lector pueda recrearse a partir de él, utilizando sus propias preferencias, anteponiendo delante de todo, su ideal de ser.

Como dije al comienzo, la historia de *Bartleby el escribiente*, puede parecernos una historia con un trágico final, sin embargo habría que pensar que siempre el último Bartleby es el comienzo de todos nosotros. ♣

¿Te gustaría formar parte de **El Mollete Literario**?

Buscamos talento:

Cuento

Minificción

Ensayo (no académico)

Fotografía

Proyectos colectivos

Si deseas colaborar con nosotros o que demos difusión a tus proyectos, mándanos un correo a: molleteliterario@gmail.com con tus datos (nombre o pseudónimo y cuenta de Twitter) y el trabajo que desees se publique. Máximo 9,000 caracteres. No hay mínimo.

Generemos memoria colectiva juntos.

“¿Tú escribes? Nosotros escribimos”.

Liturgia Horarum

Por Canuto Roldán
poetwithoutlanguage@gmail.com

*Señor,
es la hora.
Toma mi máscara,
toma mi cuerpo.
Adéntrate en mí,
que la tierra se convierte en carne
y la carne florida escarnece.*

*Sólo he estado para ti.
Toma esta llaga honda que da vida a nuestras lenguas,
toma cada cuenco y bebe.
Señor,
herida estoy de ti.
Mis cauces se vuelven nacederos
de tu leche patriarcal.
Piérdete en mis pliegues
para que no te encuentre.*

*Señor,
es la hora.
Hunde tu rectitud en mis entrañas.
Hoy mi carne es tu carne.
Lleno de ti,
saciado,
me confundo.
Nada importa más
sino abrazar tu fuerza trepidante
y hacerla florecer en mi garganta
para que los que vengan
tengan rezos y cantos
para saciar su sed.*

*
Luego de tanta caricia,
veo mis ojos en tus ojos
como si sólo nos quedara eso por cuerpo
ya sin labios ni palabras
ni labios rotos ni palabras rotas,
nada de cintura asida a muslos,
nada de muslos galopando en mí,
nada de mis huecos hinchándose de ti.
**

Después del glorioso grito
y tu entrepierna trabándose en mi ahondar,
temblando,
enmudeciendo,
me convertí en hondura
y perdí palabra
y encontré mi nombre roto,
abierto para ti
en la quejumbre.

Escribirse en el cuerpo
tu muerte, papá.
Escribirse en las ingles
tus labios.
Escribirse en la espalda
tu muerte.
Escribirse en la lengua
los cuchillos sigilosos de la madre.
Escribirse en los muslos
“nacer de tus escombros.”
Escribirse en el cuerpo
tu cuerpo.
Escribir en tu cuerpo
mi voz.

Silencio.
Estoy nublado de tanto padre,
he leído tantas veces su muerte
que seguido resucita entre mis piernas.

Aquí,
en la espina
erguida de mi lengua
hecho raíz en tus murmullos,
mis rezos, tus silencios.

Aquí,
sentado sobre tu pubis,
repito tu nombre,
para que ya no salgas.

Así,
repito tu nombre
hasta encontrarlo en mi lengua.
Hay que tener buena dicción
para decir el cuerpo.
Repito mi tacto
hasta encontrar mi voz en tu quejumbre.
Hay que saber tocar
para escribir la voz
porque leer
es siempre
un acto terrorista o reconciliador. ☹

Examen

Por Luis Villalón

Estoy acabado. No queda nada, sólo un milagro podría salvarme del cruel destino. Encomendarme a Dios en un momento como este sería un desperdicio, no sé cómo es que él obre, pero estoy seguro de que me condenará el libre albedrío y toda esa mierda, yo sabía las consecuencias de mis actos desde el principio, sabía que este momento llegaría, conocía a la perfección el modo de evitar esta conclusión pero simplemente no me importó y opté por la comodidad de procrastinar. En media hora mi vida está por dar un giro total, un año se irá a la basura. Si no apruebo este examen de química voy a repetir segundo año de secundaria.

Tuve dos semanas para prepararme para la prueba y ni siquiera me molesté en darle una hojeada a la guía. No tengo ni la menor puta idea de lo que tratará este examen, lo peor es que es una ciencia exacta, no tengo la posibilidad de ganar algunos puntos con preguntas abiertas donde exponga un montón de mentiras y puntos de vista torpes, de esos que les fascina leer a los maestros de metas estancadas. Estoy condenado a repetir. Me conozco tan bien, que en caso de que tuviera una prórroga para presentar el examen, seguiría sin estudiar. El estudio es una pérdida de tiempo, llenarme la cabeza de un bonche de datos abstractos que no tendrán utilidad en mi vida adulta. ¡Qué puto asco!

No necesitaré química para dedicarme a mi verdadera pasión y en lo que realmente soy bueno. Voy a ser un videojugador profesional, soy la verga para eso, seré un

youtuber famoso y millonario, ganaré campeonatos. Estas últimas dos semanas rindieron frutos, conseguí el trofeo de platino en *The Last Of Us*, sólo el 0.4% de los que lo han jugado lo han conseguido, es mi más grande logro, estoy en la punta del ranking mundial. El haber obtenido ese trofeo fue la satisfacción más grande de mi corta vida, estoy destinado a ser el puto amo. No hay ningún tipo de satisfacción comparada a está, la escuela nunca me dará nada así, es una putería, tremenda pérdida de tiempo, insisto, el hecho de estar a toda hora rodeado de personas me parece una tortura, no tengo espacio para comportarme como realmente soy, no puedo pedorrear ni sacarme los mocos a placer, resulta exhausto fingir todo ese tiempo, es una puta prisión.

Y aquí estoy, a unos minutos de que valga verga todo, otro jodido año en estos salones grafitados soportando a



Ilustración:
Brenda Olvera
Técnica: Acuarela

un montón de niñitos putos y aburridos, usando este uniforme incómodo y esa chazarilla que da tanta comezón en el cuello, ese suéter que no quita para nada el frío, condenado a enamorarme otra vez de la chica más guapa y a ser rechazado o a ni siquiera tener los huevos para hablarle, y verla día a día más hermosa cada vez, más obsesivo, con el puto corazón y la verga latiendo al oler su shampoo de fresa sentado tras ella garabateando logos de bandas de metal.

La espera se acabó, el examen está en mis manos, una rápida hojeada comprueba lo que ya suponía, la única pregunta que sé con certeza es mi propio nombre, siempre y cuando no tenga que poner las tildes de acentos, se acabó, estoy jodido. Tras quince minutos con la hoja en blanco me rindo, me dispongo a entregar el test sin contestar y aceptar mi destino por primera vez como un hombre, con la frente bien en alto.

Cuando estuve a punto de levantarme el milagro ocurrió, un ángel caído del cielo me salvó el culo. Un tipo sentado delante de mí, que me parece nunca haber notado en clase, se levantó de su asiento antes que yo, sacó un pistola y le disparó a la profesora en la cabeza, el tiempo pasó muy lento, mientras yo estaba anonadado, viendo la esperanza al fin, una segunda oportunidad. El pistolero siguió disparando contra compañeros aleatoriamente, mi ángel guardián pareció no notarme, todos se tiraron al suelo, yo permanecí en mi asiento conmovido ante una improbable segunda oportunidad. Ese chico desprendía un aura increíble, todos gritaban mientras las detonacio-

nes progresaban, el suelo se cubrió de sangre, el pistolero se apuntó a la sien y pulsó el gatillo, el arma murmuró un tímido clic, lo intentó otra vez con el mismo resultado. ¡Qué joven tan distraído, el cargador estaba vacío! Regresó a su asiento con una firmeza inaudita, tomó de su mochila de Bob Esponja un cargador nuevo y lo introdujo con precisión militar dentro del arma, esta vez no apuntó a su sien, metió el cañón en su boca, accionó el gatillo y al mismo tiempo que la detonación sonaba su cuerpo se desplomó como si se tratase de un muñeco de trapo sobre sus sesos menstruantes.

Los alumnos sobrevivientes se abalanzaron veloces a la puerta de salida mientras la alarma sísmica se activó pese a no sentirse ningún movimiento telúrico, me quedé abrumado observando el milagro, salí del salón con calma, esquivando los charcos de sangre para no manchar mis tenis blancos de educación física, seguro la sangre sería difícil de quitar y el lavado de mis zapatillas deportivas era una de mis obligaciones.

Quizás hay alguien allá arriba velando por nosotros, no sé, pero si esto no es un milagro no sé qué más pueda ser, no cualquiera obtiene una segunda oportunidad, no perderé el año, creo que esto dará suficiente tiempo para presentar el examen, tal vez todos exentemos. Debo estar muy agradecido, Dios vio por mí, sabía lo trágico que pudo haber sido que presentará ese examen, Él obra de maneras misteriosas, pero siempre en provecho de sus hijos. Amén.☪

ERRANTE

Errante, pequeño foro atascado

El 1er Errante comenzó su deambular en Zona Rosa el 3 de diciembre de 2016 en una casona porfiriana en donde se desarrollan proyectos culturales de impacto social a través de la educación sustentable.

Así pues, la casa de Londres 114 PA se convirtió en la primera estación del tren errante de cuatro artistas: Lola Barajas, Javier Moro, César Cañedo y Rafael Mejía, quienes coincidieron una noche de sombras danzantes, voces profundas y luminosas, de mujeres, homosexuales y borrachos dedicados al desborde colectivo de las individualidades, los cariños, el dolor, la fuerza y la ironía, acompañados por ecos chamánicos de @Nanche Tzompantli y @L Dario Alvarez en #NUKLEUS Co-learning.

Una esquina en la Tabacalera

El segundo Errante de la Ciudad de México está pensado para seguir colaborando con jóvenes creadores, ahora ha encontrado un pequeño nicho en la Colonia Tabacalera, en la calle de Madrid #3, una casona de un par de siglos de antigüedad, en donde el espacio se prepara para recibir a Martha Mega, a Lia García y a David Valdés.

Los espacios reducidos y la interacción directa entre un creador y su público han llevado a que proyectos como Errante pongan a prueba las disposiciones, adapten una casa o un departamento para que por la noche el espacio se borre y desaparezca la fachada, que olvide lo habitable por lo vivible y se deje experimentar: el comedor es un escenario que no necesita telón, el baño, uno no sabe qué habrá ahí, dejamos un poco al azar lo que el 25 de febrero nos traerá.

Errante ha trabajado con un esquema que permite que los creadores perciban una remuneración económica, un pago siempre simbólico, que esperamos se permeé en otros proyectos; valoramos desde un inicio el trabajo, el tiempo y la dedicación de cada proyecto.

Lunes de libros con

EL IMPARCIAL

www.elimparcial.es

Marcela Serrano: La novena

»Alfaguara. Barcelona, 2016.
256 páginas.



En un primer acercamiento a *La Novena*, con la lectura de la sinopsis de su contraportada, lo que más llama la atención es el nombre de Miguel Flores. ¿Un protagonista masculino para una novela firmada por Marcela Serrano? Verdad... a medias.

Por Esperanza Castro



La escritora chilena nos cuenta esta vez cómo Miguel Flores, estudiante universitario, resulta detenido en una protesta contra la dictadura de Pinochet. Aplicada la “justicia” del momento (en Chile, 1985), es relegado a una zona rural donde deberá cumplir castigo viviendo en condiciones infrahumanas y teniendo que “fichar” diariamente ante las autoridades locales. Es marginado por los vecinos, para los que es poco más que un apestado, lo ven peligroso y esto acrecienta aún más su soledad. Tan sólo Amelia, dueña de

la finca La Novena, se apiada de él, convirtiéndolo en su protegido.

Amelia. Ella es, a todos los efectos, la inmensa protagonista, el personaje del que cuelga toda la estructura, la que da corporeidad a la narración, la que nutre de matices a la historia en su conjunto.

Marcela Serrano (Santiago de Chile, 1951) deposita en Amelia la gran responsabilidad de hablar en *La Novena* de una época (¡tan reciente!) de dictadura extrema, un tiempo que llevaba implícitas heridas profundas e incurables como las que se producen durante la

tortura y la traición. Tan grande es esta mujer culta, sensible y económicamente bien situada, que la figura de Miguel Flores queda totalmente empujada. Y, quizá, sea este el punto flaco de la novela, pues el personaje que encarna en sí el concepto de exilio se desdibuja notoriamente —hecho a destacar en una autora que sufrió el exilio en carne propia.

Porque si hay algún tema central es, sin lugar a dudas, la traición. La sufrida en primera persona como un corte imposible de cicatrizar, pero también la traición heredada (marcas que no sólo se quedan a nivel de piel, heridas que traspasan las células y se imprimen en el interior fluyendo ligadas a los genes, en este caso, de mujeres que serán abocadas sin remedio a replicarlas).

Como en el resto de su obra (*Nosotros que nos queremos tanto* (1991), Premio Sor Juana Inés de la Cruz 1994; *Antigua vida mía* (1995); *Lo que está en mi corazón* (2001), finalista del Premio Planeta, entre otras), la autora utiliza una prosa ágil, fácil y sin intrincados recursos expresivos. Sin embargo, esto no resta valor a la obra que mantiene el interés del lector por descubrir algo que desde el principio sospecha mas se resiste a creer.

Por otro lado, sería injusto no reconocer la maestría en el uso de las voces: en ocasiones se escucha la de Miguel Flores, en otras un vecino, en las más un “falso” narrador omnisciente (que dejaremos en esta reseña sin desvelar para no caer en lo denominado como “spoiler”)... Recurso que no impide que, pese a esta variedad, se oiga sobre todas ellas el eco de un mismo nombre: Amelia.

La Novena es pues, de nuevo, una historia de mujeres fuertes, leales, pero también provistas de la debilidad necesaria para traicionarse a sí mismas. ❀

Álber Vázquez: La meta está en Ítaca

» *Expediciones Polares. San Sebastián, 2016. 166 páginas.*

En los últimos años hemos asistido a publicaciones notables relacionadas con el mundo del running, como el imprescindible *Nacidos para correr*, de Christopher McDougall o la sugerente novela biográfica *Correr*, de Jean Échenoz (basada en Emil Zatopek). En esta ocasión se trata de un agradable ensayo escrito por Álber Vázquez y el tema no es otro que la mítica Behobia-San Sebastián, carrera popular de 20 kilómetros que lleva produciéndose desde 1919.

Por Carlos Huerga

La meta está en Ítaca cuenta en 20 capítulos (como el número de kilómetros que separa el barrio irunés Behobia de San Sebastián) distintos sentimientos que el autor, corredor habitual, tiene con respecto a la *behobia*. Sin ser prolijo o pesado, se detiene en algunos detalles que ilustran mejor la carrera, nutriéndose de distintas anécdotas, así como de escenas y referencias literarias, musicales y cinematográficas que acompañarán al autor/corredor para amenizar el esfuerzo de llegar a la meta (desde Martin Scorsese al cómic *Hellboy*, pasando por David Bowie o Gabriel Celaya). Incluso hay espacio para frases brillantes: “Si el Cielo existe, debe ser una piscina de David Hockney”.

Una de las primeras cosas que llama la atención es el neologismo que Vázquez se

saca de la chistera: *pedestrísta* en vez de *runner*, como una postura de resistencia ante las modas lingüísticas, seguramente producto de las imposiciones del mercado (¿por qué ya no decimos *correr* sino *running*?).

No podemos obviar uno de los objetivos de este libro entrañable: remarcar las cualidades de la *behobia* con una voz entregada a la causa sin ocultar su subjetividad, pues es evidente la relación de amor que el autor mantiene con la carrera guipuzcoana. Vázquez también dedica momentos para los voluntarios que ayudan a que la carrera pueda celebrarse o a corredores “anónimos” que con su esfuerzo ensalzan el valor de los retos, sirviendo de homenaje a esas personas en las que normalmente nadie se fija. No olvidemos que se trata de una “descomunal carrera



popular” (cada año participan cerca de 30,000 corredores, siendo una de las más importantes de España).

Muchas veces, uno hace cosas que vistas desde fuera no tienen mucho sentido. Como correr 20 kilómetros por las calles de distintas ciudades subiendo rampas y acumulando desnivel un domingo de noviembre. Incluso, el propio corredor se preguntará durante la carrera qué sentido tiene sufrir y pagar por ello. Por eso *La meta está en Ítaca* es una lectura que refleja algunos estados de ánimo. Porque eso que puede no tener demasiado sentido para muchos, acaba cobrando un extraño valor; algo que la corredora Oihana Kortázar (también “personaje” del libro) parece resumir muy bien: “Los que corremos somos personas constantes, pacientes y luchadoras, que comprendemos que sufrir significa saber que se está dando lo mejor de una misma”.

El libro, evidentemente, es aconsejable para corredores y deportistas en general, pero también supone una lectura simpática para todo aquel que quiera acercarse al mundillo *runner* y a una carrera especial, como es la Behobia-San Sebastián. Como dirían algunos de los personajes del libro, correr es sentirse vivo y se experimenta una plenitud que llena al individuo. Tal vez porque, para algunos, es una manera efímera de acercarse a la felicidad. ♣

**Su tranquilidad
es lo más importante**



Grupo Maya

**Protección Personal
Privada y Empresarial**

DISCIPLINA COMPROMISO LEALTAD CONFIANZA

**Escortas armados
Intramuros armados**

01800.263.4712 / 5208.9851 / 5514.2973
contacto@mayaseguridad.mx www.mayaseguridad.mx